

A. Nouschi:

Señoras y señores, queridos amigos, se me ha confiado la misión de presentar los elementos de un debate que hemos intentado profundizar en lo posible. En tanto que historiador contemporáneo casi extraño a los problemas de la Edad Media y un poco menos a los de la Moderna, me siento algo perturbado por esta tarea y solicito la indulgencia del público y de mis colegas.

Antes de entrar en el núcleo de la cuestión, quisiera decir que cuánto he apreciado la novedad del tema y la manera de abordarlo: estoy vivamente impresionado por la calidad del trabajo realizado aquí en historia económica y social. En este sentido, es de destacar el valor de las grandes obras históricas y la elección juiciosa de los estudios de detalle, por lo que deseo felicitar a mis amigos españoles y animarles a continuar la tarea emprendida. Quisiera decir también cuánto he apreciado la aportación de esos viejos caminantes de la historia económica que son nuestros colegas polacos e italianos, sin olvidar la contribución de la historiografía maghrebí y francesa aquí representada.

En el curso de estos tres días hemos tomado una conciencia más clara de que, a partir de los siglos XI y XII, el Mediterráneo occidental pasa de una situación de centro o **quasi-centro** a otra de periferia. Como mediterráneos, en unos casos, o profundamente interesados por sus problemas en otros, el debate nos interesa muy de cerca: en este sentido, no es exclusivamente académico sino que afecta a nuestro destino. En mi caso habría preferido la fórmula **relación de dependencia** al término de periferización. Pero detrás de la una como de la otra se perfila todo el problema del desarrollo, del subdesarrollo y del no-desarrollo.

La dependencia, como hemos visto, comporta múltiples aspectos: financieros, militares, políticos, tecnológicos, culturales, sociales... Por otra parte, los caracteres y la intensidad de sus manifestaciones varían considerablemente con el tiempo. Así, para poner orden en nuestro debate general, yo propondría centrarlo alrededor de tres puntos principales.

El primero podría intitularse **periferización y feudalización**. En efecto, es preciso recordar cómo se articulan y jerarquizan los espacios en el Mediterráneo occidental entre los siglos XI-XII y el XV (pero eventualmente hasta el XVII. Esta perspectiva espacial debe ser inmediatamente completada con una referencia social). En especial, me gustaría que medievalistas y modernistas nos precisaran si, en su opinión, la feudalización es una resultante de la periferización, o, por el contrario, una cau-

sa. Incluso desearía que se profundizara en las relaciones y diferencias entre el nivel I de la feudalización y el nivel 2 de la refeudalización. Se ha repetido varias veces que detrás de las relaciones de dependencia están las desigualdades tecnológicas. Existen áreas de fuerte presión cultural y otras de baja: ¿cómo se pasa de unas a otras?

El segundo podría ser el de **crisis y periferización**. La crisis en sus variadas acepciones, que restan por precisar, alcanza el Mediterráneo como arteria de circulación, pero también a los diversos países que baña, aunque no los afecta a todos en igual medida. Además, pese a que supone relanzar un viejo debate rechazado por algunos, deberíamos recurrir a los factores exógenos y endógenos. Entre los primeros, a los **capitalismos** de las plazas de Amsterdam, Londres, París, Lyon, etc.; a las técnicas financieras y las estructuras sociales; al reforzamiento o debilitación del Estado; al grado de intervencionismo de la Administración; a los poderes militares...

Aparece así un tercer momento, el **tiempo de la periferización y del capitalismo**. Este capitalismo dinámico, que incluye al Mediterráneo, como al resto del mundo, en un esquema de división del trabajo introducido por el comercio internacional y la extraordinaria potencia de los bancos, cuyas estrategias trascienden los estados y las naciones en formación, y detrás de estos fenómenos económicos, proyectados, a escala mundial, los monopolios, las transferencias de tecnología, los procesos de aculturación o de deculturación. Sin embargo, en esta evolución implacable algunos países y algunas regiones o ciertos grupos sociales consiguen sacar beneficios. ¿Quiénes son? También ahora es necesario establecer jerarquías.

Finalmente, aunque lamentemos que el Mediterráneo oriental no haya estado representado en nuestro espacio de reflexión, las dos horas que nos han concedido son muy cortas para permitirnos discutir sobre problemas que he intentado resumir y sobre muchos otros.

P. Guichard:

Repetidamente, en el curso de este coloquio los medievalistas han sido solicitados, y tengo la impresión de que tanto los modernistas como los contemporaneistas desearían que les proporcionáramos una clave para la comprensión de un pasado a partir del cual se constituyen las sociedades posteriores. Otros medievalistas pueden responder en parte a esta demanda: en cuanto a mí, como especialista de la Alta Edad Media, tengo dificultades para hacerlo. Cuando se remonta en el tiempo se produce

una ruptura de lenguaje que no corresponde forzosamente a una ruptura de los fenómenos históricos, pero las realidades no pueden ser captadas de la misma manera que se las capta en la época moderna. Así, M. Aymard planteaba la cuestión de la feudalización de las sociedades no feudales en términos de relaciones capital-trabajo y de movilización de fuerzas subempleadas. Es una interpretación seductora, pero para el paso de los siglos XII al XIV en las regiones que estudio, es imposible verificarla con la documentación de la que disponemos. Dos ejemplos pueden ilustrar esta dificultad de llegar a un lenguaje común.

M. Fontenay hablaba del corso en el Mediterráneo. Hay otra época en la que se desarrolla la piratería sarracena: la Alta Edad Media. Pero si intentamos describirla, no pueden utilizarse los mismos términos que para el corso moderno. Este tiene como objetivos la presa de navíos en un contexto de enfrentamientos políticos e intercambios económicos intensos, mientras que en la Alta Edad Media la piratería de **razzia** tenía como finalidad conseguir esclavos aprovechando la inercia del tráfico y de la vida política en el Mediterráneo.

Si se desciende hasta los siglos XII y XIII, el Mediterráneo no es ni periferia ni marginal, sino que constituye el eje de dos mundos enfrentados, las civilizaciones cristiana y musulmana. Las excavaciones de Cieza, que visitamos ayer, muestran ese contacto directo con la sociedad musulmana vísperas de la conquista cristiana y permiten captar la diferencia estructural entre ella y la que se implantó a continuación. Sin embargo, para comprender el sistema social desaparecido queda mucho por hacer. La adopción de términos como tributario-mercantil es cómoda, pero no nos proporciona una clave de comprensión: la documentación es demasiado reducida. A partir del siglo XIV, por el contrario, la situación cambia. Estamos ante sociedades más familiares que pueden ser estudiadas con la ayuda de textos más abundantes.

D. Menjot:

En la Baja Edad Media, en efecto, se disponen de medios suplementarios y se puede medir y seguir las evoluciones. Se ve entonces aparecer una organización espacial. El Mediterráneo es el centro, sí, pero no el único; no le convirtamos en el centro de una economía-mundo antes del siglo XV. Hay también un centro septentrional, flamenco, y la economía se estructura alrededor de estos dos polos. Y sería necesario también integrar el Mediterráneo oriental.

Pero al limitarnos a la zona que nos ha servido aquí de referencia, vemos cómo se opera en la Baja Edad Media una estructuración jerarquizada del espacio en el cuadro de la cual se desarrolla un intercambio desigual. Si para algunos sectores como el Maghreb no existe desgraciadamente la posibilidad de seguir el proceso, Bresc ha mostrado que se asiste entonces a una verdadera periferización de Sicilia. Se pasa de la isla próspera de los normandos a una región donde los recursos son drenados por Cataluña y, después, por las ciudades de Italia del Norte; una Sicilia desorganizada, desnuda, despoblada y cuya riqueza, recuperada en parte por las clases dominantes, es invertida en la deuda genovesa.

A. Nouschi aludía a los aspectos técnicos. Es cierto que las ciudades de Italia del Norte pusieron a punto antes del siglo XIV una serie de técnicas capitalistas (letras de cambio, seguros marítimos, sociedades comerciales) que sólo habrá que perfeccionar después (estoy pensando en las sociedades de responsabilidad limitada). Estas técnicas serán utilizadas por las grandes ciudades mercantiles de la orilla norte para organizar el drenaje y la absorción de las producciones de los espacios controlados, dependientes.

En lo que concierne a la feudalización, no hay ninguna duda de que el progreso tuvo lugar y que constituye una causa, si no de subdesarrollo, por lo menos de desarrollo limitado en las regiones que conocieron una colonización militar. Estas zonas intermedias entre las ciudades comerciantes del norte y las orillas sur, que siguen bajo dominio musulmán (Granada, Maghreb), constituyen un espacio estrechamente controlado y drenado.

Es cierto que para la Baja Edad Media carecemos aún de útiles estadísticos para seguir los precios, salarios, remuneración del capital, etc., pero nuestra documentación nos permite captar desde entonces los desarrollos diferenciados. A falta de conceptos mejor adaptados, el de periferización me parece operativo para los medievales.

P. Iradiel:

Las dos intervenciones anteriores han clarificado bastante la problemática respecto a la Edad Media, pero quiero referirme a algunos puntos más. El concepto de periferización, según el modelo wallersteiniano de economía-mundo y dialéctica norte-sur, e incluso la relación de dependencia propuesta por el profesor Nouschi, plantean problemas insuperables para aplicarlos a los siglos XIV y XV, ya que aparecen como conceptos que se

transplantan mecánicamente de unas situaciones a otras anteriores. Mejor sería hablar de desigualdad, de desarrollo diferenciado y de organización de espacios distintos, que en el sur llevaría incluido el componente de frontera.

Se podría avanzar hacia la elaboración de los elementos claves para la definición del modelo de feudalismo mediterráneo, con bastantes diferencias del norteyuropeo. Algún aspecto concreto avala lo dicho, como por ejemplo el intercambio desigual en el comercio de textiles, que aparece como elemento diferenciador norte-sur, lo que no se ajusta a la realidad. Hay que tener en cuenta la naturaleza de los intercambios, su escaso monto cuantitativo y la diversidad de los flujos, que circulan en todas direcciones, lo que supone una dinámica compleja de espacios geográficos diferenciados.

En cuanto a la industria urbana, su distinta fisonomía respecto a la del norte europeo no es atraso, sino adecuación a las necesidades de desarrollo en las condiciones existentes.

B. Anatra:

Cerdeña es un ejemplo casi extremo de posición periférica muy marginal. Creo que, en buena medida, es debido a una forma peculiar de relación del campesino con la tierra, que provoca la atomización, casi la pulverización del espacio. Esta relación es la de la comunidad, que reparte anualmente tierras a los campesinos. Por tanto, hay una economía cerrada, sin relación directa con el mercado. La única existente, en la medida en que haya plusproducto, tanto con el mercado interior como en el exterior, pasa por las ciudades, centros donde se detrae el excedente...

G. Lemeunier:

Antes de volver a nuestro tema central, la periferización, quisiera hacer alusión a un problema añejo que ha sido mencionado, el de la refeudalización. Me parece que se bautiza demasiado fácilmente con este término un simple cambio de estrategia de la inversión, que se aparta del comercio para dirigirse hacia la agricultura, en un contexto de regresión económica. Ciertamente, esta reorientación se relaciona en parte con la expansión contemporánea del régimen señorial y el reforzamiento de otros elementos fundamentales del feudalismo: patrimonialización de los cargos municipales, oleada de mayorazgos,

desarrollo del sistema gremial... Sin embargo, en mi opinión, este conjunto de fenómenos, vistos desde el reino de Murcia y los sectores vecinos del reino de Castilla, no constituye una refeudalización, es decir, una reafirmación de estructuras previamente quebrantadas (por atomización del poder político o estatuto complejo de la propiedad), sino más bien un nuevo desarrollo del sistema feudal que abre paso a su última etapa. Esta reafirmación parece general en las periferias europeas y está ligada a la crisis del XVII, pese a lo cual parece que en Valencia y otros lugares la evolución ha sido sensiblemente diferente y corresponde mejor a la etiqueta de refeudalización.

Por otra parte, quisiera expresar no precisamente una decepción, pero sí una constatación. Hemos elegido el concepto de periferización como tema de este coloquio con intención deliberadamente provocativa. Aunque eufónicamente poco feliz en su enunciado, nos parecía excesivamente sistemático y, por ende, adecuado para animar la discusión. Pero me parece observar, por lo menos respecto a los especialistas del XVI-XVII, una especie de *consensus vago*, una aquiescencia sin calor. ¿Será preciso sólo registrar el hecho, o más bien pedir a nuestros colegas que se pronuncien, expresando sus críticas o su opinión positiva sobre el interés operativo del concepto?

La otra ventaja del término residía en su connotación dinámica. La **periferización** invita a reflexionar no sobre una relación estática de dependencia, sino sobre un proceso: la puesta en periferia, como quien dice la puesta en órbita. Y ¿por qué no también la salida fuera de la órbita? Por mi parte, ha constituido una sorpresa —y lo he señalado en mi comunicación— los avatares de la dependencia: su potencia en ciertas épocas, sus cambios de contenido y de líneas de fuerza, sus eclipses entre los siglos XVI y XIX y su desaparición. En fin, nuestros debates han girado en gran parte en torno al extremo sur europeo, numerosos sectores del cual (Grecia, diversas regiones italianas, la propia Murcia) han experimentado en el transcurso de los últimos veinte años la más formidable recuperación económica registrada en la Historia.

C. Martínez Shaw:

Para mí el problema principal ha sido muy poco aclarado, y es si el modelo de Wallerstein es operativo o no, si es aplicable a la transición del feudalismo al capitalismo, si Samir Amín se puede aplicar al pasado.

Voy a responder con algunas cuestiones que no tengo

plenamente resueltas. **Primera.** ¿Los modelos de desarrollo del Antiguo Régimen son condicionados exclusivamente por factores internos? ¿Son los grupos dominantes los que toman las decisiones? ¿La dirección de la economía viene de los conflictos sociales? Siguiendo a Brenner y a los colegas polacos, ¿fueron los holandeses y los ingleses los que impusieron el modelo de prestaciones del Este europeo al llevarse el trigo, o fueron los señores que tenían una capacidad de imponer determinado sistema los que encontraron una salida beneficiosa al vender una parte del excedente? ¿Son los factores exógenos, los capitales y circuitos mercantiles los que condicionan el desarrollo o la periferización de estos países?

Segunda. Respecto a la división internacional del trabajo, ¿ésta es impuesta por las fuerzas que se expresan en el mercado, en el que se concretan todos los factores productivos? ¿Es tan grande el proceso de integración de la economía-mundo, cuando por el contrario vemos que el sector comercial es muy pequeño y los mercados están tan poco articulados que su integración constituirá la gran batalla de los siglos XVIII y XIX? ¿Acaso no se impuso la división internacional del trabajo por mecanismos políticos y militares de carácter feudal, no por el libre juego del mercado, en las periferias coloniales?

Tercera. Wallerstein pone el absolutismo al servicio de la burguesía, del capitalismo y del centro sobre la periferia, pero el absolutismo estaba al servicio de las clases privilegiadas que lo dominaban sin fisuras. Además, **a sensu contrario**, ¿por qué fueron necesarias en el centro las revoluciones burguesas como requisito para garantizar la expansión capitalista? La expansión del capitalismo no se pudo realizar en otros países porque la revolución burguesa no se dio a tiempo y el Antiguo Régimen fue una prisión para el desarrollo de los factores productivos; de ahí las enormes dificultades de aplicación del modelo wallersteiniano.

En cuanto al Mediterráneo español, representa el intento de una periferia por recuperar el comercio con América. Es una decisión política por parte de la monarquía y una decisión económica por parte de la burguesía. Este proyecto fracasó. ¿Ello se debió a que los factores internos, el feudalismo, impuso un límite al mismo o porque ya era demasiado tarde y España estaba periferizada? La respuesta es difícil porque cuando España realiza su revolución burguesa ya había perdido las colonias, y no es posible saber lo que habría pasado en caso contrario.

G. Chastagnaret:

Es seguro, aunque yo querría insistir en ello, la im-

portancia de las décadas centrales del siglo XIX para la integración del Mediterráneo en el horizonte económico de los países industriales. Dos factores de esta integración han aparecido ya en los debates, pero todavía falta uno.

Chentouf y Nouschi han hablado del mercado que representa el Mediterráneo sur. Sin embargo, este aspecto no debe ser exagerado, en la medida que los países mediterráneos tienen un débil poder de compra y un nivel económico bajo. Sus adquisiciones de bienes en equipo y de consumo son limitadas en relación a las realizadas por los países industriales entre sí; son, pues, clientes medianos.

En mi comunicación he presentado un segundo elemento, de integración: el mundo mediterráneo como fuente de materias primas cómoda y próxima. En él no es preciso llevar a cabo grandes esfuerzos de prospección, ya que los romanos han dejado huellas claras de los yacimientos. Por otra parte, estas materias primas son baratas. Los minerales españoles no constituyen un caso particular: pensemos en el azufre siciliano.

Pero yo quisiera recordar —lo que no se ha hecho hasta ahora— que el Mediterráneo se convierte en vía de paso. La apertura del canal de Suez constituye un acontecimiento mayor en la evolución de la cuenca y va a provocar, lo que es paradójico, un desclasamiento de los negocios y de la navegación. Marsella, por ejemplo, redistribuía los productos que iba a buscar al Levante, pero ahora los ingleses pasan por Suez para ir directamente a Extremo Oriente. Las compañías marítimas marselesas se encuentran ante un auténtico problema de supervivencia, y a las italianas les sucede otro tanto. Unas y otras intentan sustituciones de actividades: es el momento en que Marsella se orienta hacia el mercado colonial y se lanza a una industrialización esencialmente ligada a esta nueva dirección del comercio de ultramar.

De esta forma llegamos a la industrialización mediterránea del XIX, específica, desconocida y despreciada. Un problema que no podemos desarrollar aquí, pero que hay que tener presente.

A. Maczak:

Propongo que dejemos de lado el problema de la crisis y de la **refeudalización**, por tratarse de nociones que despiertan sentimientos demasiado vivos entre los historiadores y corremos el riesgo de que nos hagan olvidar el problema central que nos ha reunido.

Si observamos los fenómenos de periferización en la

historia nos encontramos también ante casos de **centralización**: hay periferias que se convierten en centros como Suecia y Suiza; otras que viajan con centros que se desplazan. Así, con la revolución industrial, la polarización económica del espacio alemán se transforma sensiblemente. En revancha, soy contrario por principio al tema de la semiperiferia: es una seminoción.

Periferia y periferización son temas bastante equívocos, a la vez fecundos y peligrosos. Por mi parte, me gustaría que fuesen siempre acompañados de un adjetivo: política, economía, etc. La Inglaterra del XVIII se ha convertido en un doble centro, mientras que la España moderna es de alguna manera un centro político y una periferia económica.

Pero la periferización encubre varios tipos de relaciones, entre los que podemos entresacar por lo menos tres: dependencia, interdependencia y marginación. El caso más claro de la primera es el de los países coloniales: el dominio político se añade allí a la subordinación económica. En el otro extremo se encuentran las regiones marginales, que no mantienen con ningún centro sino relaciones extremadamente reducidas. En el interior de Polonia en los siglos XVI y XVII algunas zonas podrían ser consideradas como periferias de la Europa occidental, mientras que otras no tienen ningún contacto con el exterior. Por último, la interdependencia económica es un problema más complejo: se podría ilustrar con las relaciones entre Escocia e Inglaterra entre los siglos XVI al XIX, recientemente estudiadas por Chistopher Smoot.

J. Chenntouf:

Mi intervención se refiere al tercer punto del resumen final presentado por Nouschi. Sin querer desvalorizar las aportaciones de medievalistas y modernistas, me parece que en nuestra discusión hemos tropezado con una dificultad: la cesura que representa el siglo XIX. La cuestión de las relaciones centro-periferia no se plantea en los mismos términos antes y después.

Hasta el siglo XIX lo que relacionaba a los diversos países era el tráfico comercial, cuyo objetivo principal era el beneficio. Puede haber centros comerciales muy poderosos que polaricen la circulación de las mercancías y del dinero, pero no necesariamente intercambio desigual, de ahí las dificultades para hablar de periferización.

Por el contrario, lo que cambia fundamentalmente en la indicada centuria es el propio estatuto del intercambio comercial, modificado por la revolución industrial. No

se trata sólo del beneficio mercantil; la circulación de las materias primas, de los productos manufacturados y de los hombres reviste una nueva significación. Las periferias serán las proveedoras de los principales elementos de un proceso de producción concentrado en cierto número de sectores: sólo en estas condiciones es posible hablar de periferización.

La explicación del fenómeno es indudablemente económica, pero en el curso de esta nueva fase debe atribuirse un papel muy importante a los factores extraeconómicos, y en especial a los políticos. En tanto que historiador de Argelia, soy muy sensible al papel de las conquistas militares y de la subordinación, en el doble proceso que define la periferización: empobrecimiento de las periferias al paso y medida de la emergencia de los centros de acumulación.

A. Mattone:

La relación centro-periferia es de una ambigüedad peligrosa y no se le puede dar un tratamiento abstracto, ya que constituye un nexo espacial. Respecto a las instituciones políticas, el centro es donde reside el poder, y la periferia donde se obedecen sus decisiones. Y si pasamos a los aspectos políticos y culturales, veremos que la difusión de las ideas tiene su propia lógica, sin que exista una relación mecánica entre periferia política y creación cultural.

Por otra parte, los aspectos económicos, políticos y culturales no coinciden frecuentemente. Por ejemplo, la Venecia del Seiscientos estaba en situación periférica respecto al Norte, pero no sufría una dependencia económica. Nápoles era periferia política respecto a Madrid, y Calabria respecto a Nápoles. En suma, en Italia había muchos centros y el espacio estaba organizado según distintas redes de relaciones.

Como conclusión, insisto en que es peligroso encajarse en estas grandes generalizaciones. Lo importante es aplicar el concepto al análisis de cada área geográfica y de los diversos aspectos de su historia, con el fin de elucidar su especificidad.

P. Ruiz Torres:

Quiero señalar dos tipos de cuestiones. En primer término el problema de la operatividad del concepto de periferización. Este aparece con dos significados. Para los

contemporaneistas parece referirse a la dependencia, a la relación desigual entre desarrollo y subdesarrollo. Para los medievalistas se trata de desigualdad. Creo que hay un espacio intermedio entre ambos, pero siempre que conlleve interrelación, intercambio desigual, atraso relativo. Si no, no se puede entender la integración de esta área mediterránea a zonas más desarrolladas, admitiendo que no hay un único modelo de efectuarlo.

De todas formas creo que hemos exagerado el papel de los intercambios comerciales, pues había limitaciones importantes como el hecho de que una parte importante de la producción quedaba al margen del mercado y se destinaba al autoconsumo, mientras que otra parte se realizaba en el mercado local o comarcal. Además sobrevivían tanto políticas económicas municipalistas, de raíz mercantilista, como impuestos y rentas de origen feudal que frenaban los intercambios a nivel local e internacional.

En segundo término el problema de la refeudalización. Estando de acuerdo con Lemeunier, creo que es aún más complicado pues además de un cambio de estrategia modernizadora hay, en muchos casos, como en el de los señoríos valencianos tras la expulsión de los moriscos, un reforzamiento del poder feudal. Aquí sí tiene sentido hablar de refeudalización. Pero ambos términos no son, a cierto nivel, antagónicos, pues la refeudalización puede ser una forma de modernización.

P. Segura:

Comenzaré expresando mi dificultad para explicarme los procesos históricos desde la unidimensionalidad de la propuesta de Wallerstein y seguidores. Sobre ello, dos preocupaciones y unas consideraciones.

La primera, por el hecho de que se hayan empleado como intercambiables conceptos como los de periferización, dependencias, intercambio desigual, etc. No creo que esto sea posible hacerlo sin una necesaria profundización de su significado y operatividad en cada formación social concreta.

La segunda, por el uso que se hace de espacios políticos, sociales, económicos, etc., como entes autónomos. Hay una cuestión fundamental para las ciencias sociales, y por tanto para la historia: la unidad matricial de las formaciones sociales, llámeseles culturas, sociedades, civilizaciones o como sea. Cada una tendrá su estructura económica y social, sus expresiones políticas y culturales, su dimensión espacial y su articulación compleja con otras formaciones, pero conservando su unidad básica.

210 La concepción contraria destruye la posibilidad de comprender la historia.

Y ahora tres consideraciones sobre las dificultades de aplicación del utillaje wallersteiniano.

Primera: Europa, por lo menos hasta el siglo XVI, es un pequeño apéndice del continente euroasiático, y el sistema de intercambios comerciales, de flujos económicos, está desequilibrado netamente a favor del mundo extraeuropeo. Por tanto, ¿dónde está el centro en esa etapa? ¿En China o en la India, en el Sudán productor de oro?

Segunda: Respecto al Mediterráneo. El mismo Braudel señala que es el Mediterráneo quien organiza el espacio atlántico en el siglo XVI y son los capitales mediterráneos los que financian los descubrimientos, etc. Esta situación se prolonga al menos hasta el siglo XVII. Por tanto, ¿cuándo comienza la periferización real del Mediterráneo?

Tercera: El problema de las crisis, de las que hemos tratado demasiado poco. Por una parte, la crisis de la Baja Edad Media, del siglo XIV, crisis de producción feudal que tiene como consecuencia un proceso de dispersión de las fuentes productivas, que abra diferentes vías de salida. En ella no hay la creación de un centro sino todo lo contrario. Frente a ella, la crisis del siglo XVII, que sí abre un proceso de polarización, concentración y centralización de las fuerzas productivas en el umbral del capitalismo pero con efectos y respuestas diferentes según países.

A partir de esto, dos breves conclusiones: la dificultad para establecer centros y periferias en un período largo y variado del proceso histórico. Y dificultad también para aplicar operativamente al mismo un modelo unidimensional como el de Wallerstein sin caer en una nueva metafísica.

C. Martínez Shaw:

Una breve observación sobre la alegría en los intercambios de los conceptos que me han sugerido las inter-

venciones de P. Ruiz y P. Segura, teniendo en cuenta que uno de los temas centrales del modelo Wallerstein es el de contraponer los términos de desarrollo y periferia, de donde nace periferización.

Hay tres relaciones posibles en las economías de la Edad Moderna. La primera, el par desarrollo-atraso, extrapolación de las teorías de A. Gunder Frank y otros. La segunda, propuesta por Wallerstein, es la relación entre desarrollo y periferización, pues para él una implica la otra. Esta es una relación discutible en este período. Una posibilidad intermedia, quizás más adecuada para el Antiguo Régimen, sea la de dominación-dependencia, en la que no hay relación de causa a efecto sino de dominio de un área sobre otra o incluso de un sector económico de un país sobre los demás.

R. Fernández Díaz:

Cuando se fabrica un modelo teórico, abstracto, la medida de la importancia de ese modelo está en su potencia explicativa. El modelo del materialismo histórico lleva años de verificación. El modelo de Wallerstein es muy reciente, por lo que es lógico que no nos pongamos de acuerdo en el significado de los conceptos, pues hay poca potencia de verificación en ellos.

Yo pediría a los organizadores del seminario que nos volvieran a reunir dentro de veinte años para ver si el modelo wallersteiniano, que es una amalgama de marxismos, braudelianismos, etc., es capaz de explicar con el diez por ciento de la potencia con que lo ha hecho el marxismo la realidad histórica del feudalismo europeo.

B. Anatra:

Quiero señalar la no coincidencia entre el centro político y el centro económico durante la Edad Moderna. No hay coincidencia espacial, ni tendencial, por más que la centralización del espacio político sea reforzada por el capital comercial.